

Autodidacta

Número 12, invierno 2004



Contenidos:

Librepensadores..... 2

Artículos:

- Un brevísimo relato, por Gabriel García Márquez..... 3
- Los niños deben ser ciudadanos libres..... 4
- Dejemos ya de forzar a los niños, por Daniel Greenberg 6
- Los dos dinamismos del progreso, por José A. Marina.... 8
- Educación, por Bertrand Russell..... 9
- Cómo y por qué, por John Holt..... 13
- Responsabilidades..... 16

Correo electrónico: ojodeagua@telefonica.net

Página web: www.ojodeagua.es

Librepensadores

En este número de Autodidacta:

Una escuela no debe ser preparación para la vida. Una escuela debe ser vida.

Helbert Hubbard

Las mentes son como paracaídas: sólo funcionan cuando están abiertas

Thomas Robert Dewar

La evaluación, más que la religión, ha resultado ser el opio del pueblo.

Patricia Broadfoot

En los exámenes el tonto pregunta lo que el sabio no puede responder.

Oscar Wilde

Un brevísimo relato

Gabriel García Márquez, publicado del Boletín del Colegio de Licenciados en Filosofía y Letras y Ciencias, n° 155, mayo 2004, p. 1

Cuentan de un sabio que, preocupado con los problemas del mundo, pasaba horas y horas encerrado, pensando en cómo solucionarlo.

Un día, su hijo de 7 años, aprovechando la puerta abierta... entró a su despacho: una pregunta sucedía a otra... y ninguna podía quedar sin respuesta... El científico, nervioso por la interrupción, le pidió al niño que fuese a jugar a otro lado. Viendo que era imposible, pensó en algo que pudiera distraer su atención y le dejara tranquilo. Por fin encontró la solución. En una revista, a doble hoja, aparecía un mapa del mundo. Llamó al niño a su mesa y con una tijeras recortó en mapa en pedacitos. Luego, le dio un papel grande, pegamento, y le dijo: aquí tienes un puzzle gigante. A ver si eres capaz de recomponer "este mundo" sin ayuda de nadie.

Pensó haber dado con la solución para tener la mañana tranquila, pero no fue así. Pasada una hora oyó al niño que le llamaba tranquilamente: -Papá, papá, ya lo hice todo, conseguí terminarlo.

Al principio el padre no creyó al niño. Pensó que sería imposible que a su edad hubiera podido recomponer un mapa que jamás había visto antes. Desconfiado, el científico levantó la vista de sus anotaciones con la certeza de que vería el trabajo digno de un niño. Pero para su sorpresa el mapa estaba completo. Todos los pedazos habían sido colocados en sus debidos lugares. ¿Cómo era posible? ¿Cómo el niño había sido capaz? Hijito. Tú no sabías cómo era el mundo ¿cómo lo lograste?

- Papá, respondió el niño, yo no sabía cómo era el mundo, pero cuando sacaste el mapa de la revista para recortarlo vi que del otro lado estaba la figura de un hombre, así que di vuelta a los cortes y empecé a recomponer al hombre que sí sabía cómo era. Cuando conseguí arreglar al hombre di vuelta a la hoja y vi que había arreglado al mundo.

Los niños deben ser ciudadanos libres

Daniel Greenberg, (1992) Education in America. A view from Sudbury Valley School, SVSP, E.U.A., 1992, pp. 5 - 7

Tengo un acertijo que plantear, pero primero me gustaría jugar a una especie de juego verbal. Le daré la descripción de una institución, y usted debe intentar adivinar de cuál se trata. Sólo tendrá una oportunidad, pero intentaré hacerlo fácil. ¿Preparado? Pues allá va:

Suele acomodarse en edificios de grandes ladrillos; las más modernas suelen ser de hormigón. La población fundamental (a la que llamaré "clientes") están confinados dentro, a menos que uno obtenga un pase especial. Los clientes están bajo el completo control de un grupo de personas que llamaré "supervisores", que distribuyen órdenes a los clientes.

La regla básica de la institución es que los clientes deben obedecer las órdenes de los supervisores o ser castigados (por ejemplo, con un confinamiento adicional).

Los clientes no tienen prácticamente derechos, ya sean constitucionales o de otro tipo. La atmósfera en general es opresiva y existe una tensión en la base de la relación entre supervisores y clientes. A menudo, hay una intensa presión psicológica impuesta sobre los clientes. Muchos se quiebran y tratan de escapar, ya sea huyendo o recurriendo a drogas, alcohol o violencia.

La libertad es desconocida dentro de las paredes de esa institución: la iniciativa personal es, para decirlo educadamente, desalentada. Los supervisores no toleran el desafío o la independencia, pero sin embargo están extrañamente preocupados por las relaciones entre los clientes. La obediencia es lo más importante.

Una esperanza ampliamente extendida es que los clientes recibirán suficiente entrenamiento durante su confinamiento para prepararles para la vida fuera de la institución cuando finalmente sean libres. Digo "esperanza" porque en más ocasiones que en menos esto no sucede y una de la más grandes quejas que uno escucha es los antiguos clientes recién liberados en general no están bien entrenados para hacer algo útil y a menudo son analfabetos.

Casi todos los clientes, por su parte, como era previsible, odian la institución y sueñan con salir de ella. Periódicamente aprobarán a algún supervisor amistoso, pero la naturaleza de la bestia es de un profundo antagonismo por aquellos que les regulan con arbitrario poder.

Después de unos cuantos años de exposición a la rabia, hostilidad y frustración de la vida cotidiana en un ambiente esencialmente represivo, la mayoría de los supervisores o abandona, tratando de moverse a un puesto administrativo, o desarrolla un coraza de dureza y cinismo para protegerse del dolor de la decepción.

¿Ha adivinado qué institución estoy describiendo? Correcto. ¡Se la llama "una escuela"!

¡También acertó si dijo "una prisión"!

Y eso me recuerda el acertijo que prometí en la primera frase. Acertijo "¿Por qué una escuela es una prisión?"

Para responder adecuadamente, debe responder un conjunto de acertijos, todos los cuales son igualmente misteriosos.

¿Por qué se obliga a los niños a ir a la escuela?

¿Por qué se obliga a los niños a permanecer en la escuela?

¿Por qué se obliga a los niños a aprender en la escuela?

¿Por qué los escolares no tienen los mismos derechos que los adultos?

¿Por qué los profesores no son libres de elegir lo que desean enseñar?
(...)

No se apresuren a rechazar estas preguntas. Las respuestas están lejos de ser obvias. Hubo un tiempo no muy lejano en el que tratábamos a los negros como esclavos, a los trabajadores como siervos pagados y a las mujeres como un mero instrumento de ayuda doméstica. Hubo un tiempo cuando la verdad "evidente" de que "todos los hombres fueron creados iguales" se refería exclusivamente a los adultos varones blancos con propiedades.

Ha corrido mucha sangre y muchas valientes peleas para obtener una definición de "persona" que quiera decir "seres humanos adultos de todos los sexos y razas". Quizá, sólo quizá, es tiempo de extender el significado también a los menores.

Dejemos ya de forzar a los niños

Daniel Greenberg, (1992) Education in America. A view from Sudbury Valley School, SVSP, E.U.A., 1992, pp. 5 - 7

El siglo veinte tiene pocas reivindicaciones que hayan iluminado a la humanidad, pero un logro legítimo han sido las leyes de protección laboral de la infancia. La revolución industrial llevó a los niños pequeños, tan pequeños como de cinco años, hasta las fábricas y factorías, con frecuencia dirigidas por sádicos capataces y por un sistema siempre brutal. El resultado fue una forma de pedicidio: la destrucción sistemática de la infancia, que ha dejado una cicatriz permanente en el paisaje humano.

Las leyes de protección laboral de la infancia lo cambiaron todo. La gente con cultura estaba orgullosa de haber restaurado a la gente joven su infancia, un periodo de crecimiento, juego y lenta maduración. Incluso las escuelas se vieron afectadas, introduciendo en la rutina diaria actividades tan exóticas como juegos de exterior, gimnasia y recreo.

Suponía que era demasiado bueno como para que durase. Una cultura basada en la neurosis simplemente no puede declararse a sí misma sana. La visión de todos esos niños pequeños jugueteando felizmente, despreocupadamente, era demasiado. De modo que nuestros hombres sabios y líderes educativos decidieron hacer algo al respecto. Ahora se nos dice que tenemos que forzar a nuestros niños a aprender materias académicas específicas prácticamente desde el momento en que nacen.

El mensaje es bien claro. Los buenos juguetes para niños deben ser educativos, deben desarrollar destrezas motrices, coordinación oculo-manual o reconocimiento de símbolos. Las buenas guarderías deben incluir instrucción para los niños que recién acaban de aprender a caminar. Las buenas escuelas infantiles y guarderías deben contar con un currículum bien desarrollado.

La instrucción musical debe comenzar a los tres años, la instrucción para nadar con un año, la instrucción para leer tan pronto como el niño sea capaz de ver. Se nos dice sin un resquicio de duda que los padres que ignoren estos imperativos educativos están desatendiendo a sus hijos, preparándoles para su fracaso en la vida.

La arrogancia humana no tiene límites. Millones de años de evolución han desarrollado mecanismos de supervivencia ajustados con precisión para todas las especies. Una de las más universales es la maduración, un proceso diseñado para desarrollar el pleno potencial de cada ser vivo.

El crecimiento es diferente en los detalles para cada individuo, dependiendo de la dotación genética y de las circunstancias ambientales. Pero un aspecto es común a todos: el proceso, para beneficiarse plenamente del potencial de la especie, debe ser una maduración natural, sin interferencias por parte de torpes intrusos.

¿Por qué sentimos que no podemos dejarlos la iniciativa? La infancia es un estado bello, loado por poetas y filósofos desde tiempo inmemorial. Los niños libres, sin cargas, felices, buscan por iniciativa propia integrarse suavemente en el mundo adulto –ser de ayuda, devolver el afecto que

recibieron y crecer para convertirse en ciudadanos responsables y buenos padres.

¿Estamos de verdad mejorando las cosas cuando tomamos a estos niños y los devolvemos tensos, a lomos de la culpa, nerviosas pequeñas personas forzadas a perseguir metas adultas que ni siquiera pueden comprender?

Quizá "debería haber una ley": Nadie forzará a los niños a aprender ninguna destreza o disciplina académica antes de que lo elija por propia voluntad. Quizá el siglo veinte debería terminar como empezó, con una sociedad expresando su cariñosa preocupación por los niños.

Los dos dinamismos del progreso

José Antonio Marina, (2004) *Aprender a vivir, Ariel, Barcelona, 33-34*

(...) el niño nace con dos grandes motivaciones, que se mantendrán a lo largo de toda su vida. Busca el bienestar afectivo y físico. El dinamismo hedónico no nos abandonará nunca. Todos queremos disfrutar, sentirnos bien, cómodos, seguros. Pero, además, el niño busca el crecimiento, la ampliación de sus posibilidades, el triunfo, el riesgo, la aventura. Necesita, además, sentirse apreciado, valorado por los demás (fama) y por sí mismo (sentido de la propia dignidad). Al lado de la satisfacción placentera busca la satisfacción estimulante. Esta dualidad contradictoria se ve en muchos niveles. Necesita la relación y la autonomía. Es egoísta y altruista. No olvidemos que el cerebro humano es esencialmente social y, en consecuencia, el ser humano entero también. Aspira a la tranquilidad y a la excitación. Así seguimos toda la vida. Freud no comprendió ese afán emprendedor de la naturaleza humana. Pensó que el placer era la desaparición de una tensión, olvidando que la tensión misma puede ser un placer. No comprendió la necesidad que tenemos de jugar y gastar energías inútilmente.

Ortega escribió: "Una ceguera congénita hizo que los hombres de esa época (el siglo XIX) tuvieran sólo ojos para hechos que parecían en efecto presentar la vida como un fenómeno de utilidad y adaptación. Pero tanto la nueva biología como las recientes investigaciones históricas invalidan el usado mito y proponen una idea distinta de la vida, en la que ésta se nos aparece con más grácil gesto. Según ella, todos los actos utilitarios y adaptativos, son vida secundaria. La actividad original y primera de la vida es siempre espontánea, lujosa, de intención superflua, es libre expansión de una energía preexistente."

Si no atendemos a esta doble motivación no vamos a entender al niño y no nos vamos a entender a nosotros mismos. No somos tan miserables como creemos. Aunque a veces se nos olvide, todos aspiramos a un vida placentera, pero también creadora. El niño lo sabe muy bien.

Educación

Bertrand Russell, (1984), *Escritos Básicos*, Ed. Planeta-De Agostini, pp. 333-345 (primera edición original en inglés de 1961)

En este texto se recogen algunos pasajes de un ensayo que pertenece a su libro "Principios de reconstrucción social".

(...) La autoridad en educación es en cierta medida inevitable, y quienes educan han de hallar el medio de ejercer la autoridad en concordancia con el espíritu de la libertad.

Donde la autoridad es inevitable, lo que se precisa es respeto. Quien eduque realmente bien y haga que los jóvenes se desarrollen hasta llegar a su más completo desenvolvimiento, debe estar totalmente imbuido por un espíritu de respeto. Es ese respeto hacia los demás lo que falta entre quienes abogan por férreos sistemas de hacer autómatas: el militarismo, el capitalismo, la organización científica fabiana y todas las demás prisiones en las que los reformadores y reaccionarios intentan forzar el espíritu humano. En la enseñanza, con sus códigos de normas emanados del departamento gubernamental, sus largas horas de clases, sus asignaturas fijas, sus profesores sobrecargados de trabajo, y su determinación de producir un completo nivel de mediocridad locuaz, la falta de respeto hacia los niños es poco menos que general. Este respeto requiere imaginación y calor vital; y sobre todo más imaginación aún con respecto a quienes tienen la menor capacidad efectiva. El niño es débil y, en apariencia, insensato, el maestro es fuerte y, en todos los sentidos, más prudente que el niño. El maestro que carece de respeto, o el burócrata que no lo tiene, desprecian con facilidad al niño por sus inferioridades externas. Piensa que su deber es "moldearlo"; se imaginan alfareros trabajando con arcilla. Así se da al niño cierta forma antinatural, que con el tiempo se endurece, produciendo torsiones e insatisfacciones espirituales, que generan a los demás crueldad, envidia y la creencia de que debe obligarse a sufrir las mismas deformidades.

Quien sienta respeto no cree que sea su deber "moldear" al niño. Percibe en todo lo que vive, pero especialmente en los seres humanos, y sobre todo en los niños, algo sagrado, indefinible, ilimitado. Algo único y extrañamente precioso el principio de desarrollo de la vida, la encarnación de una parte del mudo esfuerzo del mundo. En presencia del niño siente una inenarrable humildad, una humildad que no se puede defender fácilmente por ningún fundamento racional, y sin embargo está más cerca de la sabiduría que la fácil autosuficiencia de muchos padres y profesores. El desamparo externo del niño y la súplica de apoyo le hacen consciente de la responsabilidad de una confianza. Su imaginación le muestra lo que el niño puede llegar a ser, para bien o para mal, cómo sus impulsos pueden desarrollarse o entorpecerse, cómo pueden oscurecer sus esperanzas y disminuir el vigor de su vida, cómo puede ser destruida su confianza y sus vivos deseos reemplazados por una voluntad de incubadora. Todo esto le produce un anhelo de ayudar al niño en su batalla propia; equiparlo y fortalecerlo, no para algún fin externo propuesto por el Estado o por cualquier otra autoridad impersonal, sino para los fines que el espíritu del propio niño busca

confusamente: quien sienta esto puede ejercer la autoridad del educador sin infringir el principio de libertad. (...)

La obstrucción de la libre búsqueda es inevitable en tanto que el objetivo de la enseñanza sea producir creencias más bien que entendimiento, obligando así a los jóvenes a mantener opiniones seguras sobre cuestiones dudosas, en lugar de dejarles que vean la incertidumbre y estimularles a la independencia de espíritu. (...)

El género de disciplina aconsejable es la que proviene del interior, que consiste en la capacidad para perseguir firmemente un propósito lejano, previendo y soportando muchas cosas en el camino. Esto implica la subordinación de los impulsos más débiles a la voluntad, la facultad de una acción dirigida por unos grandes deseos de creación, incluso en los momentos en que no se manifiestan vívidamente. Sin esto, no puede realizarse ninguna ambición seria, sea buena o mala, ni puede dominarse ningún propósito consecuente. Este género de disciplina es muy necesario, pero sólo deriva de deseos poderosos hacia fines que no pueden alcanzarse inmediatamente (...)

El deseo espontáneo y desinteresado de saber (...) es implacablemente frenado por los maestros que sólo piensan en los exámenes, diplomas y grados. (...) Desde el principio hasta el fin no hay más que una continua y abrumadora sucesión de avisos de exámenes y datos de libros de texto. Los más inteligentes, al final, pierden el gusto por saber, deseando sólo olvidarlo y entrar en una vida de acción. (...)

La aceptación pasiva del saber del maestro es fácil a la mayoría de los niños y niñas. Esto no entraña esfuerzo alguno de independencia intelectual y parece racional, puesto que el maestro sabe más que sus alumnos; es, además, la manera de ganarse su favor, a menos que se trate de un hombre excepcional. Sin embargo, el hábito de la aceptación pasiva es un desastre para la vida posterior. Obliga a los hombres a buscar un jefe, y a aceptar como tal a cualquiera que esté situado en tal posición. (...) Si el objetivo fuese hacer que los alumnos pensasen, más bien que hacerles aceptar determinadas conclusiones, la educación se conduciría de un manera completamente diferente habría menos rapidez de instrucción y más discusión, más ocasiones en las que los alumnos fuesen estimulados a expresarse por sí mismos, mayor esfuerzo porque la educación se limitase a materias por las que los alumnos sintiesen algún interés.

Y, sobre todo, se intentaría estimular el amor a la aventura intelectual. El mundo en que vivimos es vario y asombroso; algunas de las cosas que parecen más sencillas aumentan en dificultad cuando se las considera más de cerca; otras, que se pensaban que serían imposibles de descubrir, han sido, sin embargo, puestas en claro por el genio y el esfuerzo. El poder del pensamiento, las vastas regiones que puede llegar a dominar, las regiones muchísimo más vastas que sólo de una manera oscura sugiere a la imaginación, proporcionan a quienes han viajado más allá del confín cotidiano un material de asombrosa riqueza, una huida de la trivialidad y del aburrimiento de la rutina familiar, llenando de interés toda la vida y rompiendo todos los muros de la prisión del lugar común. El mismo amor a la aventura que lleva a unos hombres al Polo Sur, la misma pasión por una

prueba definitiva de poderío que conduce a otros a la guerra, puede encontrar en el pensamiento una salida generosa que no sea ruinoso ni cruel, sino que aumente la dignidad del hombre al encarnar en la vida algo de ese magnífico esplendor que el espíritu humano extrae de lo desconocido. Proporcionar esta alegría, en mayor o menor medida, a todos los que son capaces de ello, es el fin supremo por el que debe valorarse la función de la inteligencia.

Se dirá que la alegría intelectual debe ser rara, que habrá pocos que la aprecien y que la educación ordinaria no puede tomar en cuenta un bien tan aristocrático. No lo creo así. La alegría de la aventura intelectual es más común en los jóvenes que en los hombres y mujeres maduros. Entre los niños es muy frecuente y se manifiesta de una forma natural durante el periodo del artificio y la fantasía. Es raro en su vida posterior porque se hace todo lo posible para anularla durante su educación. Los hombres temen al pensamiento como no temen a ninguna otra cosa en la Tierra; más que a la ruina, más que a la muerte. El pensamiento es subversivo y revolucionario, destructor y terrible; el pensamiento es inclemente con los privilegios, las instituciones establecidas y los hábitos cómodos; el pensamiento es anárquico y sin ley, indiferente a la autoridad y despreocupado de la bien probada sabiduría de la edad. El pensamiento contempla el abismo del infierno y no se asusta. Acompaña al hombre, una débil partícula rodeada de insondables profundidades de silencio; sin embargo, se apoya en sí mismo orgullosamente, tan impasible como si fuese el señor del universo. El pensamiento es grande, veloz y libre; la luz del mundo y la gloria principal del hombre.

Pero si el pensamiento ha de ser posesión de muchos, no privilegio de unos pocos, hemos de acabar con el temor. El temor es el que hace retroceder a los hombres: el temor a que sus queridas creencias resulten erróneas; el temor a que las instituciones por las que viven resulten perjudiciales, el temor a que ellos mismos sean menos dignos de respeto de lo que se imaginan. (...) "Es preferible que los hombres sean estúpidos, perezosos y opresivos a que su pensamiento sea libre, pues si su pensamiento fuese libre no pensarían como piensan. Y a toda prisa ha de evitarse ese desastre." Así argumentan los adversarios del pensamiento en la inconsciente profundidad de sus almas. (...)

Ninguna institución inspirada por el temor puede fomentar la vida. La esperanza, no el temor, es el principio creador en los asuntos humanos. Todo lo que ha engrandecido al hombre ha brotado del esfuerzo por alcanzar lo que es bueno, no de la lucha contra lo que se creía que era malo. Debido al hecho de que la educación moderna raras veces se inspira en una gran esperanza, hay tan pocas que logran un gran resultado. El deseo de conservar el pasado más bien que la esperanza de crear el futuro domina las mentes de quienes controlan la enseñanza de la juventud. La educación no debe tender a un conocimiento pasivo de hechos muertos, sino a una actividad encaminada hacia el mundo que nuestros esfuerzos han de crear. Debe inspirarse, no en un anhelo melancólico por las bellezas extintas de Grecia y del Renacimiento, sino en una visión brillante de la sociedad que ha de ser, de los triunfos del pensamiento conseguirá en lo porvenir y del

anchuroso y eterno horizonte de la perspectiva humana sobre el universo. A quienes se enseñe con este espíritu estarán llenos de vida, de esperanza y de alegría, y serán capaces de sobrellevar su parte a fin de asegurar a la humanidad un futuro menos sombrío que el pasado, con fe en el esplendor que el esfuerzo humano puede crear.

Cómo y por qué

John Holt, (1991), Never too late, Perseus Books, E.U.A., pp. 1-5 (primera edición original en ingles de 1975)

La mayoría de la gente que toca un instrumento musical aprendió de pequeña. Pocos adultos que nunca hayan tocado un instrumento antes se deciden. Menos si son de mediana edad y menos aún si se trata de un instrumento de cuerda con arco (se supone que son los más difíciles). Yo lo hice. Aunque provenía de una familia sin tradición musical alguna y no tuve formación o experiencia musical alguna mientras crecí, comencé a tocar la flauta a los treinta y cuatro y el chelo a los cuarenta -aunque lo dejé durante un par de años y luego volví a cogerlo de nuevo a los cincuenta. Ahora, al llegar a casa, procuro tocar tres o cuatro horas al día, más si dispongo de más tiempo. Llegar a ser un músico diestro se ha convertido en la tarea más importante de mi vida.

Este libro es el relato de cómo sucedió todo. Amigos míos a quienes les había contado esta historia la encontraron interesante; la escribí con la esperanza de que otros puedan también hacerlo. Espero también que mi historia pueda animar o ayudar a otras personas, sobre todo adultos, que pudieran haber pensado que eran demasiado viejos para empezar a cantar o tocar un instrumento musical. O que pueda ayudar a muchos adultos que ahora son músicos amateur a tocar mejor y disfrutar más. Quizá los profesores de los adultos puedan encontrar útiles estas palabras. Más allá de todo esto, los músicos hablan mucho de cómo interesar a más personas en la música; quizá mi propia experiencia, como dije aquí, pueda sugerir nuevas formas de hacerlo.

En un sentido más amplio, este es un libro sobre la exploración y el descubrimiento. Desde hace mucho tengo dos proverbios favoritos: uno es de Shaw: "Asegúrate de conseguir lo que te gusta o lograrás que te guste lo que consigas"; la otra es una traducción de un viejo proverbio español: "Coge lo que quieras", dice Dios "y paga por ello." Descubrir lo que uno realmente quiere y lo que cuesta y cómo pagar lo que cuesta, es un parte importante del trabajo vital de cada uno de nosotros. Pero no es fácil descubrir lo que a uno le gusta o quiere, cuando durante toda nuestra vida anterior ha estado trabajando intensamente tratando no sólo de conseguir hacer lo que ellos quieren que hagamos, sino que pensemos que queremos hacerlo. ¿cómo hacer entonces para descubrir lo que queremos? ¿Qué clase de pistas, experiencias, mensajes interiores podemos recibir? ¿Qué hacer con estos mensajes una vez que los hemos recibido? Este es un libro que en parte trata sobre estos mensajes.

También es un libro sobre la enseñanza, sobre la enseñanza de la música en general. Algunos profesores de música me han resultado enormemente útiles –uno de ellos, de formas que no fui capaz percibir durante años. Pero en su mayor parte soy autodidacto en música y este libro trata también sobre aprender por uno mismo. Una parte del arte de aprender cualquier acto difícil –como la música- consiste en conocer tanto cómo enseñarse a uno mismo y cómo utilizar mejor las enseñanzas de otros, como beneficiarse de la gran experiencia y destreza de otras personas sin depender de ellos.

Para poca gente será probable llegar a ser un buen músico -o algo más- si no aprenden a enseñarse a ellas mismas. Lo que mejor podemos aprender de los buenos profesores es cómo enseñarnos mejor a nosotros mismos. Otros aprendices de música pueden encontrar aquí algunas cosas que pueden ayudarles a ser mejores auto-profesores; y los profesores de música pueden encontrar caminos para ayudar sus estudiantes a hacerlo.

En mi viaje hacia la música he tenido la gran ayuda de la buena fortuna. De niño pude haber sido musicalmente deprivado (aunque no más que la mayoría de los niños), pero en todas las demás facetas fui privilegiado. Mis padres (como sus padres) estaban acomodados, vivían en áreas residenciales, que no eran musicalmente muy vivas pero que en todos los demás aspectos fueron fáciles y confortables: fui a una "buena" escuela y universidad. De adulto he sido mucho más afortunado. Si por elección he vivido una buena parte de mi vida con muy poco dinero, de modo que pudiera trabajar en lo que creía; también viví sin muchas preocupaciones de dinero. Esto se debió en parte, aunque no por elección o -al menos- no a mi elección, nunca me casé. También, como la mayoría de las personas que nacieron ricas, nunca creí que el desastre económico pudiera golpearme. Conozco los peligros de la pobreza, igual que conozco los peligros de la bomba atómica pero nunca ha sido tan real para mí como lo es para las personas que son pobres o los supervivientes de Hiroshima o Nagasaki. Lo que no quiere decir, sin embargo, que la gente pobre no puede aprender a amar la música, o incluso ser músico, incluso grandes músicos. Muchos lo han hecho y muchos lo están haciendo. J.B. Priestley escribió una vez que la clase trabajadora con la que creció en Yorkshire sabían más de música -y hacían más música- que la mayoría de la clase acaudalada de hoy. Pero ciertamente es más fácil de explorar, disfrutar y hacer música, o cualquier otra cosa, si uno no está constantemente preocupado por cuestiones económicas y puede permitirse cosas tales como conciertos, grabaciones, instrumentos, espacio para practicar y lecciones. La falta de ello es una de las razones por las que, para decirlo con un solo ejemplo, la Joven Sinfónica del Área de Boston difícilmente tiene ningún niño de Boston. Lo que necesitamos hacer, por supuesto, es hacer los recursos musicales más disponibles para las personas con poco dinero.

Hace algunos años reí en la revista británica El Gramófono un breve artículo sobre el notable director alemán Eugen Jochum. El artículo decía que había crecido en un pueblo alemán con una población de unos dos mil habitantes y que en ese pueblo había una orquesta sinfónica de 75 músicos y un coro mixto de 150, que tocó y cantó mucha y muy buena música. Bien puede ser que esta ciudad no fuera típica y que en ninguna pequeña ciudad alemana hubiera música de este nivel. Aunque, si hiciéramos al menos una décima parte de la música que se hace aquí en Boston (o cualquier pueblo o ciudad), tendríamos una orquesta en cada barrio y muchos y muchos cuartetos de música de cámara en cada bloque. ¡En qué ciudad, en qué país nos gustaría vivir! Me gustaría hacer todo lo que pudiera por acercar esa ciudad y ese país.

Otra razón por la que estoy escribiendo este libro es cuestionar la tan extendida idea de que lo que nos sucede en los primeros años de nuestras

vidas determina todo lo que suceda después, lo que podamos ser, lo que podamos hacer. El gran profesor de cuerda japonés Suzuki, cuyo trabajo he admirado, escribe en sus libros que los niños que no escuchan, casi desde el nacimiento, buena música (a lo que se refiere es a la música clásica); si escucha, en pocas palabras, esa música popular que todos escuchamos de niños, crecerán sordos a los tonos. Y no es así. Otros incontables profesores dicen que si no aprendemos a tocar instrumentos musicales de pequeños, no seremos capaces de aprenderlo de mayores. De nuevo, no. Por supuesto que es bonito, si llegamos libremente a la música, llegar de joven, pero si no, podemos llegar más tarde. Nunca es demasiado tarde. Y mientras pueda haber buenos fundamentos para decir que alguna música es "mejor" que otra – se me ocurre pensar que Beethoven es mejor que Hummel, Tchaikowsky mejor que Glazounov, Stravinsky mejor que John Cage y Duke Ellington mejor que Glenn Miller-, esas distinciones no tienen nada que ver con aprender amar la música. La "mala" música no es enemiga de la "buena" música. El mundo de la música es muy amplio y todo forma una pieza; hay muchos caminos para llegar allí. En la medida en que tenemos acceso a todas ellas y el derecho a explorarlas libremente, tomando nuestras decisiones a medida que caminamos, cada uno de nosotros puede encontrar su propia manera.

Pero, sobre todo, quiero combatir la idea de que cualquier actividad disciplinada y exigente, sobre todo la música, nunca puede crecer sin amor, disfrute y libre elección, sino que debe estar enraizada en la exposición forzada, la coerción y la amenaza. La mayoría de mis lecturas sobre educación musical dicen esto de una u otra manera. Esta idea no es sólo equivocada, sino peligrosa, nada es más cierto para lograr que la mayoría de las personas ignoren o incluso odien la gran música que intentar apretar más y más las gargantas de más y más niños en clases y lecciones obligatorias. Esa idea es errónea en un sentido amplio; a largo plazo, el amor y el disfrute son fuentes más duraderas de disciplina y compromiso que cualquier cantidad de sobornos y amenazas y resulta que sólo es lo que C. Wright Mills llamó el "excéntrico realismo" de nuestros tiempos el que nos impide ver, o incluso de querer ver, que es así.

Cualquier otra razón que haya tenido para haber escrito este libro puede comenzar aclararse según lo leas.

Responsabilidades

Javier Herrero

En el proceso de investigación que vamos desarrollando en ojo de agua hemos incidido incansablemente en la que entendemos que es la condición previa, lo primero que tenemos que reaprender, para relacionarnos con los niños: el respeto. Condición previa para la consecución de la felicidad de la que hablan los filósofos de la educación presentes en este número; todos ellos, por cierto, muy relacionados con la ciencia.

En este punto estoy encontrando muy interesante bucear en otra perspectiva, sin la cual el respeto pierde su sentido. Me refiero, a la responsabilidad, al compromiso. El debate educativo está en el candelero y en los medios de comunicación que prestan atención a lo educativo no se cesa de escuchar una y otra vez la misma idea, el mismo concepto, la misma perspectiva: responsabilidad.

Por otro lado, John Holt rinde honor a la cultura tradicional española invitándonos a escoger lo que nos guste, pero hemos de pagar el precio. El precio no es otro que el esfuerzo. El esfuerzo que cuesta elegir lo que deseas y perseguirlo hasta lograrlo. Es el precio del compromiso con uno mismo. Es la forja de la voluntad. Creo no equivocarme si afirmo que todos quienes lean estas líneas conocen el poder del deseo, del querer algo... y lo que cuesta intentar lograrlo.

Otro hecho comúnmente aceptado es que los bebés son intrépidos e infatigables en su ansia por conocer el mundo que les rodea, y cuando digo in-fatiga-bles, esto significa: sin síntomas de fatiga. También estoy seguro de que todos los que hemos convivido cotidianamente con un niño de hasta tres años sabemos exactamente de qué estamos hablando. En su afán por conocer y comprender su entorno, los niños pre-escolares (esto es, que aún no han sido sumergidos en el sistema escolar) realizan complejísimos, variados e inacabables intentos por saciar su necesidad investigadora, que es parte esencial de su propia necesidad de desarrollo y supervivencia. Es la "aventura del desarrollo". El concepto "desarrollo" es integral: es biológico, es el que mejor refleja, a mi juicio, esa entretrejida red que es la complejidad humana integrada en una red más amplia y compleja de la que forma parte que es la complejidad de la vida. Quizá necesitáramos una redefinición del concepto de inteligencia hacia una propuesta más abarcativa, quizá deberíamos comenzar a hablar de una inteligencia ecológica que contemple la totalidad, el conjunto.

Pero volviendo a la cuestión principal, la visión que estamos desarrollando se asienta en la idea de que no sólo los pre-escolares menores de tres años disfrutan de esa infatigable sed de conocer el mundo; esa característica de permanente búsqueda es cualidad esencial de ser humano, independientemente de su edad, si el medio o el miedo no lo impiden. La diferencia está en la voluntad, si el deseo es propio o ajeno. ¿Qué lectura debemos hacer cuando un diario de ámbito nacional titula en primera página con unas declaraciones de una profesora de secundaria: "No quieren aprender, no les interesa." A la educación secundaria obligatoria se llega en estas condiciones, creo yo, entre otros motivos, porque no quieren aprender

o no les interesa lo que nosotros creemos que tienen que aprender o en lo que deben interesarse. Regalémosles nuestra poderosa confianza, la oportunidad de demostrar interés por lo que les gusta y podremos ser testigos de cómo los de nueve, los de catorce, los de veintitrés y los de treinta y nueve movilizan todos los recursos de que son capaces.

Ahora bien, al crear las condiciones para que nuestros hijos puedan desarrollarse de manera que puedan sentir sus intereses y motivaciones interiores no debemos olvidar que la responsabilidad y el compromiso son actos sociales y eso significa que son necesarios para los otros; sin ellos el uno no puede sobrevivir, dado que nuestra condición como seres vivos es la interdependencia, nunca la independencia. Responsabilidad y compromiso son valores sin los cuales no es posible construir la convivencia porque "convivir" es "vivir-con... otros". Lo que hace algunos años no era más que una simple frase, ahora con el correr de la experiencia cotidiana en ojo de agua, se ha convertido en un bien tangible. Ahora se hace más cierto, si cabe, que para educar al niño es necesaria la tribu entera, la tribu red. Ni la familia nuclear ni las rígidas y altamente regimentadas instituciones infantiles carentes de vida, parecen ser herramientas adecuadas para un desarrollo sano. Sobre todo, porque la tribu está compuesta por una gran diversidad de personas diferentes con diversas visiones y costumbres. Es bien sabido que en ojo de agua estamos convencidos de que el aprendizaje/desarrollo se da dentro y fuera de la escuela, dentro y fuera del horario escolar, porque aprendizaje/desarrollo y vida son la misma cosa. Esa definición de aprendizaje/desarrollo refuerza nuestra vinculación directa como padres con la educación de nuestros hijos, sin delegar esa responsabilidad en la escuela, permitiéndonos al mismo tiempo compartir esa tarea con otros padres, con otras madres, con otros hijos y otras hijas, amigos y amigas en una forma de relación que, aún estando lejos de ser una tribu, nos permite continuar aprendiendo a desarrollar relaciones de respeto y responsabilidad. Ser propietarios de esa alta responsabilidad nos inquieta, nos moviliza, nos dinamiza, en el sentido de que no nos permite quedarnos quietos porque les traspasamos la responsabilidad a otros.

Responsabilidad y compromiso son valores a preservar, a cultivar, pues implican "la subordinación de los impulsos más débiles a la voluntad, la facultad de una acción dirigida por unos grandes deseos de creación (...) Sin esto, no puede realizarse ninguna ambición seria, sea buena o mala, ni puede dominarse ningún propósito consecuente" en palabras de Bertrand Russell.

Se trata de crear las condiciones para que nuestros hijos sientan su/s verdadera/s vocación/es, creo que se trata de crear mentes no compartimentadas, no divididas, no desconectadas como las que modela el currículum establecido, sino mentes integradas, unificadas, capaces de crear constantemente nuevas conexiones. Ayer mismo nuevamente volví a escuchar una conversación de un grupo que estaba forjando un proyecto y cómo el flujo de ideas resultó imparable, desbordante. Pero lo más desbordante de todo es que ellos mismos se percatan y expresan esa capacidad que tienen para idear: "Esa sí que es una buena idea.", "Es que ella tiene muy buenas ideas."). Parece que tiene sentido pensar que este

mundo necesita, ahora más que nunca, personas con un pensamiento abierto, con capacidad para pensar en sistemas interconectados, en patrones y causas últimas. Pero sin voluntad, sin determinación, sin persistencia, sin capacidad para sobreponerse y seguir adelante, a nadie le es posible alcanzar sus propósitos.

Al recordar, como cada día, los pequeños y grandes acontecimientos cotidianos que me suceden en ojo de agua los filtro por el tamiz del respeto, me pregunto si allí había respeto o no o en qué grado o por qué...; pero ahora también lo filtro a través del tamiz de la responsabilidad. Por ejemplo, cuando alguien dice querer desarrollar una actividad o aprender algo de otro, se hace imprescindible acordar compromisos y responsabilidades. La responsabilidad como digo está en relación directa con la forja de la voluntad y con la construcción de la con-vivencia. Respetando la identidad, la particularidad, la excepcionalidad de cada uno de nosotros, hemos de construir la con-vivencia, el bien común a través de la responsabilidad.

Para explicar lo que quiere ser ojo de agua hemos hablado de respeto. Respeto a la naturaleza, respeto por la persona y respeto por los demás. Quizá no estaría de más definirlo también desde ese concepto complementario que ahora estamos analizando: la responsabilidad. La responsabilidad con el entorno (sin el que no tenemos opciones para sobrevivir), responsabilidad con uno mismo (aprender a lograr la consecución de los deseos y motivaciones propios) y responsabilidad con los demás (procurar bienestar a los otros).

Respetar los deseos de nuestros hijos, ofrecerles la posibilidad de desarrollarse a partir de sus propias necesidades e intereses personales y que a partir de ahí construyan su vida, su conocimiento, su vocación y su misión con nuestro cálido y constante apoyo y colaboración, no significa que sólo se tiene en cuenta la voluntad, el deseo del otro, ya sea niño o adulto; y no el propio. Para establecer relaciones en las que todos contamos, sin culpas ni complejos, desde nosotros mismos. Una herramienta de extraordinaria utilidad para el desbroce de las sendas del respeto es la comunicación, que hay que recordar que es bidireccional y requiere de ciertos códigos compartidos por las partes en intercomunicación.

El cuidado personal y la autonomía, la colaboración doméstica, los compromisos, las condiciones, la satisfacción de los deseos, los acuerdos junto a límites honestos, claros y firmes son fórmulas magistrales para desarrollar relaciones responsables de respeto mutuo. Es cierto que la consecución del respeto mutuo es un proceso que debe iniciarse a través del respeto unilateral y que sin el ejercicio previo de ese respeto unilateral del adulto hacia el niño no será posible lograr la reciprocidad en el respeto. Pero quedarnos en el respeto unilateral y no iniciar la búsqueda del respeto mutuo...

Con todos mis respetos y con toda la responsabilidad que siento.

Para apoyar el modelo de educación autodirigida...

...podéis suscribiros a este boletín, enviándonos vuestros datos, y así:

- nos apoyáis moralmente,
- también económicamente y
- nos posibilitais la tarea de seguir publicando en un futuro la publicación **Autodidacta**.

Suscripción mínima: 30 €/anuales

Suscripción voluntaria (especificar cuantía): _____ €/anuales

Nombre:

Apellidos:

Dirección postal:

C. P. _____ Población: _____

Teléfono: _____

Correo-e: _____

Podéis realizar ingreso en la cuenta de Bankinter número:

0128-0634-36-01000014832

Una vez realizado, enviarnos una copia del justificante de ingreso, junto con este boletín cumplimentado, a:

ojo de agua - ambiente educativo

Partida Racó de Pastor s/n, 03790 ORBA (Alicante)

Nota editorial: La revista **Autodidacta** tiene una periodicidad trimestral y tiene por objetivo la difusión y profundización en el modelo educativo que promueve **ojo de agua - ambiente educativo**.
Las fechas límite para la recepción de material para los próximos números son los días 15 del último mes de cada trimestre.
Editor: Javier Herrero. Tel.: 965.583.213
Correo electrónico: ojodeagua@telefonica.net
Página web: www.ojodeagua.es